

Aunque las antologías publicadas en los últimos años recogen textos en prosa y poesía, son quizá más frecuentes las recopilaciones poéticas que las que se refieren a cuentos, mitos o leyendas. Entre las más recientes habría que mencionar en primer lugar la de Natalio Hernández (1989), *Así habló el ahuehuate*, en la que se recogen veinte poemas en náhuatl con su traducción castellana, en los que el autor alude tanto a los ideales de su pasado histórico como a la belleza del mundo que le rodea: la nostalgia y la esperanza se entremezclan en el tejido poético de este escritor al que nos vamos a referir más adelante. Algo parecido tendríamos que decir de la antología de Joel Martínez Hernández (1987).

Como he dicho más arriba, la poesía popular anónima o firmada se entremezcla en ocasiones sin que nos sea fácil hallar la frontera. En ese caso se hallan los tres poemas que vamos a mencionar en primer lugar. *Nonantzin* («madrecita mía»), que ha sido atribuida erróneamente a Nezuhualcóyotl, el rey-poeta de Tezcoco es, sin duda, un claro ejemplo de la poesía popular probablemente del periodo independiente de México (León-Portilla, 1989-b: 382) y que es, a no dudarlo, una verdadera joya de la lírica indígena.

Nonantzin

Madrecita mía, cuando yo muera
sepúltame junto al fogón⁴
y cuando vayas a hacer las tortillas
allí por mí llora.

Y si alguien te pregunta:
—Señora ¿por qué lloras?
dile que está verde la leña,
hace llorar con el humo.

(León-Portilla, 1989-b: 388-89)

Otro muy bello poema de autor anónimo, pero muy difundido entre los nahuas actuales es el titulado *Notlazohitla* («Amada mía») en el que amante y amada se unen en la contemplación de la estrella de la mañana:

Notlazohitla

Amada mía, flor doncella
la estrella contemplas
cuando ya amanece,
entre los cerros brilla.

Hazla tuya, porque en verdad
en verdad yo te amo,
cuando amanece
entre los cerros brilla.

(León-Portilla, 1989-b: 383)

⁴ Referencia a Xiuhtecuhtli, dios del Fuego y también Señor del centro del mundo y «nuestro padre, nuestra madre», como Huehuetéotl.

Mencionaremos, por último, un poema o canto popular —*Macehualcuicatl*— que dio a conocer hace treinta años Fernando Horcasitas (1963) y en el que hallamos algunos rasgos, como el de la fugacidad de la permanencia del hombre sobre la tierra, que son reflejo de una indudable tradición poética prehispánica.

Macehualcuicatl

¡Comadrita, compadrito:
bebamos, tomemos!
Sólo salimos, sólo pasamos
frente a la tierra, frente al mundo.
Ponte una florecita bonita.
Nuestros corazones, nuestras mentes
¡que se diviertan, que ríen
en nuestro patio florido, en nuestra casa florida!
¡Oh flor⁵ entretejida que brota
que se riega y se riega!
¡Oh flor del corazón que cuelga
oh flor del guaje que brota!
Suena mi violín, suena mi guitarra;
que yo goce, que yo ría frente al mundo.
Sólo salgo, sólo paso,
pero no para todos los días, para todas las tardes.
Aquí estoy solito, huérfano en la tierra.
Mañana o pasado quedaré bajo la tierra.
Me volveré lodo.
Ahora sí lo tomaremos, tomaremos nuestro licor
Ahora sí, en este día, en esta tarde.
Gozaremos aquí, reiremos aquí.
Que se colmen los sentimientos,
que se olviden los corajes.
Daremos bebida, tomaremos bebida.
¡Tal vez no todos los días
tal vez no todas las tardes
estaremos en el mundo!⁶

(León-Portilla, 1989-b: 392-95)

En la tradición de los escritores modernos en lengua náhuatl, uno de los más antiguos es, sin duda, Mariano Jacobo Rojas y Villaseca (1842-1936), quien habiendo nacido en Tepoztlán (Morelos) se dedicó toda su vida a la defensa y difusión del uso del náhuatl. De 1927 es su *Manual de la lengua náhuatl*; fue profesor de esa lengua en el Museo de Arqueología de la ciudad de México y participó en la fundación de la Academia de la Lengua mexicana que, tras su muerte, llevaría su propio nombre. En el campo de la creación literaria su obra más importante es *Maquiztli* («Ayorca»), tragedia escrita en náhuatl en 1931 y «cuya acción se concentra en el enfrentamiento entre un conquistador español y un capitán mexicana. Éste descubre que su compañera, Maquiztli, está a punto de ser forzada por su enemigo.

⁵ Flor y todos sus derivados tiene múltiples significaciones, pero principalmente se refiere al hijo, la canción, la poesía, etc.

⁶ La idea de la brevedad de la vida es una constante en la lírica azteca o mexicana.

En la lucha muere el mexicana. Para escapar del soldado español Maquiztli sólo tiene a su alcance un *micapahtli*, "remedio de la muerte" que se administra bebiendo un veneno» (León-Portilla, 1992: 325-26). De esa y otras obras de Rojas cabe destacar su fina sensibilidad y el uso muy cuidadoso del idioma que le acerca a las maneras del más puro náhuatl clásico.

Contemporáneo, aunque más joven que Rojas y también oriundo de Tezoztlán es Enrique Villamil (1890-1962). En su *Descripción histórica de Tezoztlán, Morelos* (México, 1937) Villamil incluye dos composiciones líricas en náhuatl: *Kaxtiltecah in Tenochtitlan ihuan Tiacoltica Yohualli* («Los españoles en Tenochtitlan y la Noche Triste») y *Quenin ka in yolli* («Cómo es la vida») que, por su brevedad, reproducimos íntegramente:

Nuestros sufrimientos vivimos
aquí sobre la tierra;
todo acaba, todo pasa,
como la luna en el cielo.

El rico y el pobre
ambos perecerán,
así como se queman los pastos
todos cerraremos los ojos.

(León-Portilla, 1992: 326)

Contemporáneo de los anteriores es Pedro Barra Valenzuela (1894-1978). Había nacido en Chicontepec, en la Huasteca veracruzana, y durante toda su vida cultivó la investigación histórica y el estudio de la lengua náhuatl. Fue poeta de extraordinaria sensibilidad, tanto en mexicano como en español y de sus obras cabría destacar: *Nahuaxochimilli* («Jardín nahua»), publicada por la editorial Polis (México, 1939) y *Los nahuas, historia, vida y lengua* (México. Bartolomé Brucco Editor, 1953). En la primera de esas obras «canta las maravillas de la flora y la fauna nativas». A ese libro pertenecen las dos breves poesías que damos a conocer en la traducción de Miguel León Portilla (1992: 326-27).

El colibrí

Dentro de la flor
con vida se muere un jade
ha olvidado el colibrí su viejo nido.

El cuervo

Sobre los vientos con coraje grazna
ha perdido su cueva
allá en el vientre de la gris montaña⁷.

Al mismo grupo de autores al que nos estamos refiriendo ahora, pertenece doña Luz Jiménez (1895-1965), oriunda de Milpa Alta. Nacida en un ho-

⁷ En la tradición prehispánica la cueva en la montaña es, con frecuencia, el útero.

gar humilde, sólo alcanzó a recibir estudios primarios, pero una indudable inteligencia natural, contribuyó con algunas obras de gran valor literario. Siendo muy joven, durante la Revolución, fue simpatizante de Emiliano Zapata, lo que hizo que tuviera que huir de Milpa Alta con su familia en 1916. Posteriormente, en 1930 conoció a Diego Rivera y Jean Charlot, quienes le pidieron que posara para ellos. Como buena conocedora de la lengua náhuatl, fue auxiliar en cursos de esa materia en la Escuela Nacional de Antropología. Los dos libros que se le conocen fueron publicados por Fernando Horcasitas en 1968, ya muerta su autora. El primero, *De Porfirio Díaz a Zapata. Memoria náhuatl del Milpa Alta*, está dividido en dos partes: en una se describe la vida en tiempos del régimen de Porfirio Díaz en su pueblo de Milpa Alta, mientras en la segunda narra con un gran realismo los años de la Revolución con las luchas entre zapatistas y federales. «Su narrativa plena de vida y sinceridad, alcanza momentos de singular dramatismo. Sus palabras tienen tal fuerza de expresión que no desmerecen si se comparan con algunos textos en náhuatl de la tradición clásica» (León-Portilla, 1992: 333).

Santos Acevedo López y de la Cruz (1903), oriundo de Xochimilco y descendiente de Martín de la Cruz, el autor del tratado de medicina tradicional que conocemos como *Códice Badiano*, es otro notable autor del grupo de nahuatlato que ya en la primera mitad de nuestro siglo había escrito un buen número de libros, la mayor parte inéditos y de los que destacaríamos *Macehualcuicatl* («Cantos populares») en el que se recopila un buen número de canciones de Xochimilco (México, varios autores, 1957). De él se conocen algunas poesías, publicadas no hace mucho en *Estudios de Cultura Náhuatl* (León Rivera, 1982) y de las que cabría recordar aquí la titulada *Ojos de capulín*:

Me dicen que tus ojos
parecen dos capulines⁸
a mí me parecen moras
de noche y a todas horas
¡No te arrugues, chiquita
te llevo en la madrugada!

¡Y qué vas a hacer
y qué vas a creer
pues dando una voltereta,
me encuentre otra mujer!

Mañana, cuando amanezca
te espero entre los nopales
y allí te daré mi «adiós»
que me voy para Nogales
donde se tuestan las habas
a cuatro por cinco riales.

(León Rivera, 1982: 243)

⁸ Frutas del capulín o ce-rezo.

Aún habría que mencionar dentro de este primer grupo de nahuatlato de mediados de siglo a Fidencio Villanueva Rojas (c. 1920), oriundo de Milpa Alta y autor del libro de poemas *Aztecacuicameh* (Villanueva, 1949), en el que se advierte que la tradición literaria prehispánica se halla aún viva, tanto en el lenguaje como en los temas y en los recursos expresivos. Así, por ejemplo, en la canción que transcribimos:

Una, dos, tres veces
muchas te he dicho
no te deslumbren
de la vida los placeres;
la muerte nos acecha
es nuestra sombra
nuestra amiga.

(León-Portilla, 1992: 332)

En realidad, todos los autores a los que hemos hecho referencia en las páginas anteriores, constituyen el grupo de los que podríamos llamar «precursores» del movimiento literario y cultural que representa una nueva generación de nahuatlato que en los últimos quince o veinte años han cambiado radicalmente el panorama de que se disponía hasta ese momento en México. Se trata, en conjunto, de personas cuya procedencia es muy diversa y que, por consiguiente hablan y escriben un *náhuatl* que ofrece variaciones notables que podrían llegar a considerarse como dialectales. Tienen en común, sin embargo, todos esos autores, una imperiosa necesidad de reafirmar su identidad cultural, lo cual realizan creando una literatura cuya temática y expresión se acerca más a los sentimientos, preocupaciones y esperanzas de sus contemporáneos. Otro rasgo que tienen en común todos estos escritores es que su preparación académica es notablemente superior a los que les precedieron. Muchos de ellos son maestros de la Escuela Normal, otros han estudiado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia o en la Facultad de Filosofía y Letras, habiendo algunos que han colaborado y colaboran en las tareas del *Seminario de Cultura Náhuatl* que dirige Miguel León-Portilla. Esta característica que es común, por otra parte, a lo que sucede en el ámbito del indigenismo o del indianismo, implica una toma de conciencia acerca de su propia identidad cultural y de lo que habría que hacer de cara al futuro en relación con su propia «nación» (León-Portilla, 1990: 316-17).

Aunque sería imposible hacer una relación completa de los autores que escriben en náhuatl, en los párrafos siguientes mencionaremos algunos de los más destacados. Natalio Hernández Hernández (1947), también conocido por su seudónimo, José Antonio Xokoyotzin, nacido en Ixhuatlán de Madero (Veracruz) es, seguramente, el más fecundo, que desarrolla activida-

des más variadas y de mayor penetración en el ámbito mexicano. Además de su trabajo como educador y promotor de todo tipo de acciones en defensa de la lengua náhuatl, es autor de varios libros en los que se recoge su poesía: *Xochicozcatl* o «Collar de flores» (Xokoyotzin, 1985); *Sempoalxóchitl* (Xokoyotzin, 1987) e *Yn ikon ontlajtoj aueuetl*, «Así habló el ahuehuate» (Hernández Hernández, 1989). Han publicado poesías suyas tanto *Estudios de Cultura Náhuatl* (México), como *Caravelle* (Toulouse) (León-Portilla, 1990: 317 y 1992: 329).

De la extensa producción de Natalio Hernández Hernández, reproducimos el siguiente poema, porque en él se expresa, además, una buena parte de la carga ideológica que representa su obra:

Necesitamos caminar solos

Algunas veces siento que los indios
esperamos la llegada de un hombre
que todo lo puede
que todo lo sabe
que nos puede ayudar a resolver
todos nuestros problemas.

Sin embargo, ese hombre que todo lo puede
y que todo lo sabe
nunca llegará;
porque vive en nosotros
camina con nosotros
empieza a querer despertar,
aún duerme.

(Xokoyotsij, 1987: 31)

Delfino Hernández Hernández (1950) es hermano del anterior; nació igualmente en Ixhuatlán de Madero, en Veracruz, y ha seguido una trayectoria muy parecida a la de su hermano. Es maestro, como Natalio, ha trabajado en la Secretaría de Educación Pública y ha destacado, sobre todo, por ser poeta de fino lenguaje y gran inspiración, como en la canción que reproducimos:

Mujercita, corazón de la casa

Cantaré a la pequeña tortolita,
cantaré a la mujercita, tierna palomita
porque apenas nace
empieza a alegrar nuestro corazón.

Cantaré a la pequeña ajorca
porque en las manos del tiempo
se convertirá en mujer, femineidad en el rostro.
Cantaré a mi pequeño collar de piedras preciosas
porque mañana o pasado será la anciana
corazón de la casa, luz, espejo y ejemplo.

(León-Portilla, 1992: 329)